

DEBORAH WILES



Traducción de
Montse Triviño



EDICIONES
INVISIBLES

Capítulo 1

Vengo de una familia con muchos muertos. Mi tío abuelo Edisto la palmó de un derrame cerebral un sábado del pasado mes de marzo, después de desayunar. Seis meses después, mi tía bisabuela Florentine se murió así por las buenas en el huerto. Y luego, claro, están todos los muertos que se quedan temporalmente abajo, hasta que se los llevan al cementerio de Snapfinger. También son parientes míos. «Todos somos familia, Comfort», me decía siempre el tío Edisto.

En la planta baja de la funeraria Snowberger, papá se ocupa de quienes han muerto de accidente, enfermedad o causas naturales. A veces le pregunto cómo murió este o el otro. Me lo cuenta y luego me dice: «Lo importante no es de qué mueres, Comfort, sino cómo vives. Y ahora, preciosa, vete a vivir un poco y déjame volver al trabajo». Pero me estoy adelantando. Volvamos atrás. Empezaré por el tío abuelo Edisto y el pasado mes de marzo, porque estoy implicada en su muerte: la presencié.

Era el 27 de marzo, el primer día de las vacaciones de Semana Santa. Justo había acabado de preparar los huevos rellenos en la cocina de arriba. El tío Edisto y yo estábamos planeando

el primer pícnic de la primavera. Mi mejor amiga, Declaration Johnson, nos iba a acompañar. Yo estaba sentada a la mesa de la cocina, zampándome mis cereales de chocolate Buzz Krispies. El tío Edisto humedecía con la lengua la punta de su lápiz y completaba el crucigrama del *Aurora County News*. Papá y mamá estaban trabajando. Y mi tía bisabuela Florentine acababa de birlar su habitual tira de beicon de la bandeja cubierta de papel de cocina que estaba al lado de los fogones.

—Me voy al jardín, queridos —dijo—. ¡Me apetece cantarles un poco a los guisantes!

Le dio un beso en la cabeza a mi tío abuelo Edisto —que apartó la vista del crucigrama— y, entonando la melodía de *¡Oh, Susana!*, se puso a cantar: «Guisantana, no llores más por mí...». Me eché a reír, con la boca llena de cereales. La tía Florentine me lanzó un beso y luego salió de la habitación, canturreando «Que de Misisipi llego, con un dulce para luego».

—¡Dulce! —exclamó el tío Edisto, garabateando con el lápiz en el crucigrama—. ¡Eso es! ¡Veinticuatro horizontal!

Las nubes habían ido tapando el cielo durante toda la mañana, pero yo estaba decidida a ignorar las señales de lluvia. El rumor lejano de un trueno atrajo a mi perro, Dismay, a la cocina. Se me acurrucó junto a los pies, debajo de la mesa; pegó el cuerpecillo negro y peludo a mis piernas, y se estremeció.

—¡Eh, chucho! —dijo el tío abuelo Edisto, mientras miraba a Dismay por debajo de la mesa—. ¡No tengas miedo de los truenos! ¡Hace un día estupendo para un picnic! —El tío

Edisto siempre era muy optimista—. ¡Sí, señor! —dijo, mirándome—. ¡Hoy parece un día perfecto para un picnic en la roca de los Pensamientos!

Y entonces... ¡bruuuum!, rugió el trueno. Y ¡craaaac!, estalló el relámpago. Y ¡catacraac...! El cielo se abrió y empezó a llover a cántaros.

Dismay trató de saltar a mi regazo y desplazó la mesa de la cocina con el lomo.

—¡Calma, chuchó! —exclamó el tío abuelo Edisto.

Sujetó la mesa mientras Dismay aullaba y trataba de salir de debajo de la mesa para subirse encima de mí.

—¡Baja, Dismay! —le grité.

Se derramó parte de la leche de mi cuenco y empujé la silla bruscamente hacia atrás. Dismay me arañó las piernas con las uñas y sus gruesos pelos se metieron en la nariz. La silla se inclinó y Dismay y yo caímos de lado.

—¡Uuug!

Me quedé sin aire y mi gorra de béisbol de la funeraria Snowberger salió disparada. Y allí estaba yo, despatarrada en el suelo de la cocina con un perro de treinta kilos encima de la cara. El pobre me hundió el hocico peludo en el cuello y se estremeció. Me vino a la cabeza el titular de una nota necrológica: «Una tormenta y una mascota aterrorizada acaban con la vida de una niña de diez años».

En mitad de todo aquel alboroto, entró apresuradamente en la cocina mi hermana pequeña, Merry, que llevaba puestos

los zapatos de tacón de mamá y una combinación roja que le llegaba hasta los pies. La miré desde debajo de aquella manta perruna. Nada más verme, Merry arqueó las cejas y formó con los labios una pequeña «o» de sorpresa.

—¡Muerta! —dijo.

—No —le dije, mientras escupía un poco de pelo de perro. Era suave y sedoso, y sabía a charca de vacas.

—¿Estás bien, Comfort? —dijo el tío abuelo Edisto, de pie junto a mí.

Llevaba unos gruesos tirantes azules y olía a la típica loción de afeitado que usan los abuelos.

—Estoy bien.

Me dolía la cabeza, mis planes se habían ido al garete y mi perro estaba histérico. Aparte de eso, estaba bien.

—¡Fumfort! —canturreó Merry.

—¡Aparta, Dismay! —dije, empujando a mi perro, pero Dismay se me había quedado pegado como una lapa.

Me dio tres rápidos lametones en la cara con su lengua húmeda, como si quisiera decir: «¡Eso ha sido un trueno! ¡Eso ha sido un trueno! ¡Eso ha sido un trueno!».

Merry se dio la vuelta y salió de la cocina dando taconazos, mientras entonaba la melodía de *Jingle Bells* y cantaba «¡Muerta está, muerta está, Fumfort muerta está!».

Abajo se oyó un portazo y mi hermano mayor, Tidings, que hasta ese momento había estado pintando la valla del aparcamiento delantero, gritó:

—¡Atención a todo el personal! ¿Dónde están los paraguas grandes? ¡Necesito cobertura pluvial!

Dismay se apartó inmediatamente de mí y se escabulló hacia la gran escalinata de la entrada en busca de Tidings, que era más alto que yo y le ofrecía más protección.

Dirigí la mirada al techo y analicé la situación. Uno: estaba lloviendo a mares. Adiós a mi pícnic. Dos: por mucho que fuera mi mejor amiga, Declaration no vendría si estaba lloviendo, porque no le gustaba mojarse. Adiós a mis planes. Tres: bueno, no se me ocurría ningún tres, pero si pensaba durante un buen rato, seguro que algo encontraría.

El tío abuelo Edisto me tendió una huesuda mano e hizo un gesto de dolor mientras me ayudaba a ponerme en pie. Me devolvió la gorra de béisbol y yo me la encasqueté de nuevo con las dos manos.

—Te estás haciendo muy mayor —dijo.

Cogió de nuevo el periódico, se colocó el lápiz detrás de la oreja y contempló el diluvio.

—La lluvia nos es útil —dijo, en un tono pensativo.

El tío abuelo Edisto siempre hablaba así. Según él, todo —incluida la muerte— nos era útil. Todo tenía un propósito en esta vida y nada ocurría porque sí en el universo. Nuestra tarea consistía en adaptarnos a lo que nos ocurriera. Yo no acababa de entenderlo.

—Podemos comernos los huevos rellenos y los bocatunes

aquí en la cocina, Comfort —prosiguió—. O podemos dejar el picnic para otro día.

Como no le contesté, volvió la cabeza para mirarme.

—¿Qué te ocurre, preciosa?

—Estoy decepcionada —dije, mientras contemplaba mis piernas arañadas.

—¡Y yo! —exclamó el tío abuelo Edisto.

Cogió el pañuelo de la funeraria que llevaba en el bolsillo de la camisa y se secó la cara.

—A mí me gusta ir de picnic más que a las abejas ir de flor en flor.

Y era verdad.

Mientras volvíamos a colocar la mesa y las sillas en su sitio, y limpiábamos la leche y los cereales derramados, el tío abuelo Edisto me contó que las decepciones pueden ser buenas, como aquella vez en que él creía haber plantado en el huerto tomates de la variedad Abraham Lincoln y resultó que en realidad eran tomates *cherry*. Se moría de ganas de hincarle el diente a los jugosos tomates Abe Lincoln, pero luego descubrió que los tomates *cherry* le gustaban aún más, sobre todo porque podía metérselos enteros en la boca y así evitar a sus incisivos el trance de tener que morder tomates.

—A mi edad, es una gran ventaja —dijo.

—Eso no me anima —le respondí.

La lluvia caía con tanta fuerza sobre el tejado de chapa que

el ruido en la cocina era como un rugido y teníamos que gritar para oírnos.

—Piensa en las decepciones como en inesperadas sorpresas, Comfort. Por ejemplo... —El tío abuelo Edisto se subió las gafas en la nariz y sonrió como si se le acabara de ocurrir una nueva idea—. Creo que iré a echarme una siesta —dijo, respirando con dificultad—. De las decepciones siempre surge algo bueno, Comfort. Ya lo verás.

Por el ritmo y el tono de su voz, supe que se acercaba uno de sus grandes finales triunfales:

—¡Abre los brazos a la vida! ¡Deja que su caótico esplendor irrumpa en tu corazón!

—No me gusta el caos —le dije—. Me gustan mis planes.

El tío Edisto me dio una palmadita en el hombro y se alejó pesadamente hacia su habitación. Usé el teléfono de la cocina para llamar a Declaration, pero comunicaba. Colgué y esperé a que me llamara ella, pero no lo hizo, así que volví a intentarlo otras seis veces. Y luego me rendí.

Tidings cerró de un portazo cuando volvió a salir al exterior y Dismay vino a buscarme. Nos fuimos a mi armario, para esperar a que ocurriera algo bueno. Donde mejor pienso es en mi armario. Es un sitio cómodo y tranquilo, que ofrece muchas posibilidades. Me senté con la espalda apoyada en la pared y las rodillas pegadas a la barbilla. Dismay se sentó delante de mí —es un armario muy grande—, rozándome con las patas los dedos desnudos de los pies. Jadeaba, in-

quieto, y su saliva perruna me caía sobre los pies con un plic, plic, plic.

—Ya no hay truenos —le dije—. Puedes relajarte, chico.

Dismay no parecía muy convencido, pero de todas formas me sonrió con sus relucientes ojos perrunos. Me entraron ganas de abrazarlo y lo hice, mientras él golpeaba el suelo con la cola, tap, tap, tap.

Y, entonces, el tío abuelo Edisto nos sorprendió a todos.

La tía bisabuela Florentine nos llamó a gritos y nos dijo que fuéramos corriendo. Su habitación estaba junto a la del tío abuelo Edisto. Más tarde nos contó que ella estaba desatándose la cinta del bonete delante del espejo, completamente empapada, cuando el tío abuelo Edisto se había desplomado.

—¡Le ha dado una apoplejía! —aulló—. ¡Un derrame cerebral!

Todos acudimos corriendo. Levantamos al tío abuelo del lugar en el que había caído, lo tendimos en la cama, lo tapamos con una de las colchas perfumadas con lavanda de la tía bisabuela Florentine y llamamos al doctor MacRee. Mamá se sentó a un lado de la cama del tío abuelo Edisto. Tenía a Merry en el regazo y parecía sumamente triste. Papá se arrodilló junto al tío abuelo Edisto, al otro lado de la cama, y le acarició la pálida frente. Tidings estaba firme junto a papá, con una mano sobre el corazón y una expresión apenada en el rostro.

El tío abuelo Edisto nos observaba con serenidad. Nos miró a todos como si nunca nos hubiera visto antes, como si fuera la primera vez. Tenía la piel del rostro tersa y ya un poco gris. Allí en la cama, tapado hasta la barbilla, casi parecía un niño.

—Es hora de volver a casa —susurró.

Parpadeó muy despacio y, cuando volvió a abrir los ojos, parecía estar mirando hacia algún lugar más allá de nosotros, hacia una tierra que no podíamos ver, un nuevo mundo que explorar.

—Ya estás en casa, tío Edisto —le dije.

El corazón me latía con fuerza en el pecho, como si con cada latido dijera «¡No te vayas! ¡No te vayas! ¡No te vayas!». Apoyé una mano en Dismay, que estaba velando junto a mí, sereno y silencioso.

—Vete, Edisto —dijo la tía bisabuela Florentine, con el arrugado rostro bañado en lágrimas—. Es tu hora. Que tengas un maravilloso viaje, querido.

Lo besó en la frente y él cerró los ojos. Luego sonrió... y se marchó.

Lloré en el pecho aún húmedo de la tía Florentine. Todos lloramos, porque la muerte es dura. La muerte es triste. Pero la muerte también es parte de la vida. Cuando muere alguien a quien conocemos, a los demás nos toca seguir viviendo.

Y... eso hicimos. Nos adaptamos. Hicimos lo que hacemos cada vez que la muerte llama a nuestra puerta.

Nos apoyamos unos a otros.
Empezamos a cocinar.
Llamamos a los parientes.
Llamamos a los amigos.
No llamamos a la funeraria.
Nosotros somos la funeraria.
Yo escribí la nota necrológica.